

La muerte de Artemio Cruz

El placer del poder

Alfonso González

El pasado 26 de septiembre Carlos Fuentes donó a la Biblioteca Nacional la colección de las primeras ediciones de sus libros y de las traducciones de su obra que se han vertido a otras lenguas. A cuarenta y cinco años de su aparición, La muerte de Artemio Cruz, una de las obras emblemáticas del escritor mexicano, sigue teniendo una vigencia innegable como lo confirma el presente ensayo.

A primera vista el título pudiera parecer contradictorio ya que por lo general no se halla ningún placer en la antecámara de la muerte. Sin embargo, el hecho que aun en su lecho de muerte Artemio Cruz busca constantemente el placer, real o imaginario, lo caracteriza como un sibarita del siglo XX cuya *raison d'être* es la satisfacción de sus deseos. El placer es lo único que afirma y da sentido a su existencia; placer físico a través de sus cinco sentidos y placer mental al imponer su voluntad sobre los demás.

Este estudio está apenas relacionado con “El principio del placer” de Freud según lo entiende Derrida, quien nos dice: “La vida psíquica es regida por el principio del placer”.¹ Asimismo, no basamos nuestro trabajo en ningún estudio psicológico del placer del poder, sino en una definición sugerida por Octavio Paz: imponer nuestra voluntad sobre el mundo a nuestro alrededor.

Artemio Cruz busca el placer a través de sus cinco sentidos. El placer que se percibe a través del olfato y del tacto es quizás el más preponderante. Al principio de la novela Artemio Cruz se halla postrado agonizando en su

cama y consciente de los límites que su estado físico le impone. A sus dolores físicos se agrega el dolor de estar rodeado de lo que más detesta: los malos olores de sus incontroladas funciones fisiológicas; el incienso que anuncia la presencia de un cura que pronuncia las oraciones propias para los moribundos; y el perfume que anuncia la presencia de su esposa e hija. El dolor de tener al lado todas estas cosas se acrecienta conforme avanza la lectura y nos damos cuenta de que Artemio Cruz es un hombre extremadamente limpio que rechaza y rehuye cualquier tipo de contacto con la religión y su familia. Para poder escapar al malestar y a la ansiedad que le producen estos olores, pide que abran las ventanas de la habitación para que pueda entrar el aire puro y el aroma de los árboles frutales y disipen así los malos olores.

El placer sensual se percibe por medio de la vista y del tacto. Artemio moribundo revive su pasado narrando acerca del Artemio joven. Describe de forma poética un encuentro amoroso con Regina, su primer amor:

El deseo floreció por dentro, sembrado de gotas grávidas: las piernas lisas de Regina volvieron a buscar la cintura de Artemio: la mano llena lo sabía todo: la erección escapó

¹ Jacques Derrida, *Derrida en castellano*, “Sigmund Freud: Más allá del principio del placer”, <http://www.jacquesderrida.com.ar>

a los dedos y escapó con ellos: los muslos se separaron temblando...²

Después del encuentro amoroso, la vista, el gusto y el olfato le permiten a Artemio seguir y ampliar su placer:

El círculo de montañas pardas avanzó con el sol hacia los ojos de los amantes. Ascendió el olor de la panadería del pueblo y, de más lejos, el sabor de arrayanes enredados con la maleza de las barrancas podridas. Él sólo vio el cuerpo desnudo, de brazos abiertos que querían, ahora, tomar las espaldas del día y arrastrarlo con ella a la cama (p. 71).

Como podemos ver, cuando el sol aclara el contorno de las montañas hace parecer que éstas avanzan hacia los amantes. El aroma del pan y el anticipado sabor de los arrayanes evocan el placer de la comida mientras que la vista del cuerpo desnudo, con los brazos abiertos, provoca un nuevo deseo sexual por parte del narrador.

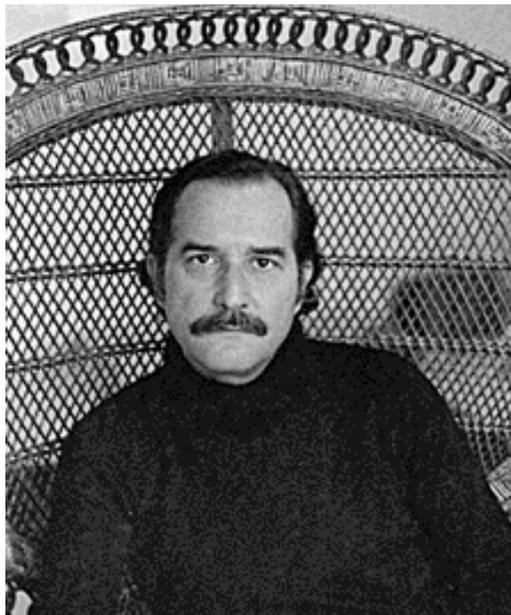
El placer del encuentro sexual de Artemio Cruz con Catalina, su propia mujer, nunca se describe. De acuerdo al narrador y a la mujer misma, ella disfrutaba de la intimidad con su esposo durante la noche, pero lo odiaba de día por haber impuesto su voluntad sobre la de ella. Es por esto, quizá, que no hay ningún recuerdo placentero de la intimidad con ella.

Ya de viejo se va de vacaciones con Lilia, su joven amante, a Acapulco. Sigue disfrutando del placer de estar con una mujer, pero las cosas ya no son como antes. Después de presenciar que Lilia se ha conseguido un hombre joven, regresa a la habitación del hotel que comparte con la joven. Entra triste. Pero al entrar:

Cerró la ventana para impedir que el olor escapara. Sus sentidos tomaron ese aroma de perfume recién derramado, sudor, toallas mojadas, cosméticos. No eran ésos sus nombres. La almohada, aún hundida, era jardín, fruta, tierra mojada, mar. Se movió lentamente hacia el cajón donde ella ... Tomó entre las manos su sostén de seda, lo acercó a la mejilla, la barba naciente lo raspó. Debía estar preparado. Debía bañarse, afeitarse de nuevo para esta noche, soltó la prenda y caminó con un nuevo paso, otra vez, contento, hacia el baño (p. 161).

Como podemos observar, el anciano llega a su habitación sintiéndose mal por el engaño de Lilia. Sin embargo, al entrar, aspira los olores que ha dejado la joven, cierra la ventana e imagina estar en un jardín rodeado de fruta, tierra mojada y mar. Se acaricia la mejilla con el sostén de la joven y esto lo revive: recordar el placer de haber estado con ella. El sólo recordar, sentir, ver, aspirar

² Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*, FCE, México, 1967, p. 70.



Carlos Fuentes

su aroma, lo hace sentir un gran placer y se prepara para volver a sentirlo. La vida vuelve a tener sentido para él. Le gusta estar con una mujer joven para sentirse joven, claro, pero sobre todo para sentir su poder, su control sobre ella.

EL PLACER DEL PODER

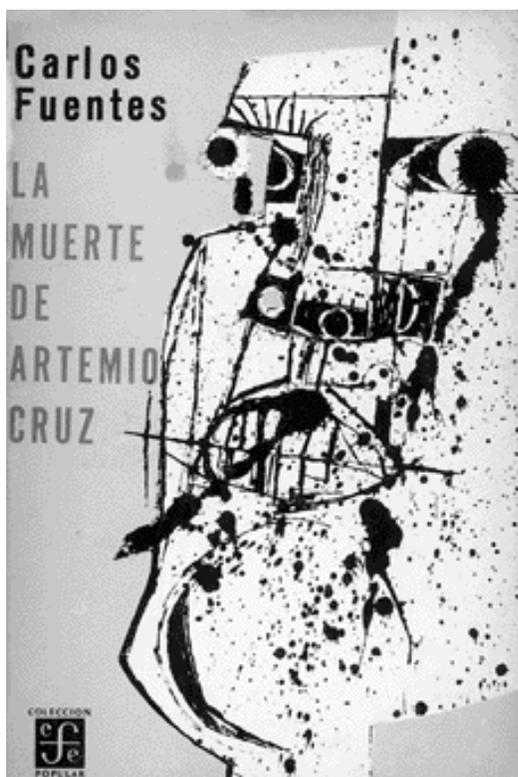
Además de buscar el placer a través de sus cinco sentidos, el placer que más disfruta y más busca es el del poder. Se ha dicho que Artemio Cruz es símbolo de los hombres que surgieron de la Revolución para convertirse en los nuevos amos de México. Y así es, la búsqueda incesante del poder es lo que impulsa a Artemio Cruz a la cúspide. Antes de seguir me parece necesario explicar lo que entiendo por “poder”. En *El laberinto de la soledad* Octavio Paz hace varias observaciones que bien se podrían considerar definiciones poéticas. Por ejemplo, acerca del poder dice: “Una palabra resume la agresividad, impasibilidad, invulnerabilidad, uso descarnado de la violencia, y demás atributos del ‘macho’: poder”.³ Años más tarde, en el poema “Viento entero”, Paz define el poder como el “imponer nuestra voluntad sobre alguien más”. Éste es el mayor placer que busca y disfruta Artemio Cruz. Su esposa misma, Catalina, le dice: “Si tú obligas a las personas a hacer tu voluntad luego no exijas de nadie gratitud” (p. 112).

Ya en su lecho de muerte, cuando la mayoría de los hombres estarían pensando en otras cosas, Artemio Cruz insiste en seguir gozando del placer del poder, de im-

³ Octavio Paz, *El laberinto de la Soledad*, FCE, México, 1973, p. 73.

poner su voluntad sobre los demás, y logra así escapar, aunque sea por un poco tiempo, de los dolores y de la desagradable situación en la que se halla. Esto lo hace gozando al insultar y burlarse de los demás. Al cura le dice barbaridades ... Se burla y humilla a su esposa e hija mintiéndoles repetidamente acerca de la ubicación del testamento y haciéndolas que lo busquen donde él sabe que no está. Después de decirles que el testamento está en uno de sus sacos, les vuelve a decir: “Ya recuerdo ... en un zapato ... ya recuerdo bien” (p. 164). Para después observarlas y pensar, “verlas a las dos en cuatro patas, sobre el reguero de sacos y pantalones, ofreciéndome sus anchas caderas, moviendo las nalgas con un jadeo obsceno, entre mis zapatos, y sólo entonces la agria dulzura nubla mis ojos” (p. 164). El placer que siente al verlas doblegadas ante su voluntad es claro con “la agria dulzura nubla mis ojos”.

También vuelve a vivir el placer del poder escuchando la grabación de sus conversaciones con socios y empleados. Desde antes de su infarto hacía que su secretario Padilla grabara todas sus sesiones de negocios y otras actividades empresariales para después escucharlas y volver a gozar de imponer su voluntad sobre todos (p. 90). Artemio Cruz controla a sus amigos y enemigos por medio de la prensa, de su astucia y de su agresividad. A un socio norteamericano le dice: “Telegráfame que muevan a la prensa de allá contra los ferrocarrileros comunistas de México” (p. 119). Para destruir la reputación de un empresario rival llama a la jefa de la sección



de Sociales de su periódico y le dice: “Entonces, muñequita, ya sabes; metes unos cuantos chismes en tus columnas hablando del inminente divorcio de nuestro prohombre. Muy suavecito, nomás para que se nos asuste” (p. 90). A unos socios norteamericanos “les dijo que podían explotar el azufre hasta bien entrado el siglo XXI, pero que no lo iban a explotar a él ni un solo minuto del siglo XX” (p. 29).

El ejemplo más claro del placer del poder es la fiesta de san Silvestre que Artemio Cruz ofrece anualmente a sus socios y empleados. Durante toda la fiesta permanece sentado en una especie de trono observando y disfrutando de sentirse todopoderoso. Repasar lo que hay en la mesa le da un gran placer a todos sus sentidos:

Sobre la mesa de patas de delfín, bajo los candiles de bronce, perdices enriquecidas en salsa de tocino y vino rancio, merluzas envueltas en hojas de mostaza tarraconense, patos silvestres cubiertos por cáscaras de naranja, carpas flanqueadas por huevecillos de marisco, *bullinada* catalana espesa con el olor de aceituna, *coq-au-vin* inflamado, nadando en *Macon*, palomas rellenas con puré de alcachofa ... (p. 255).

Como se puede observar, todos los ingredientes han sido preparados con ingredientes de importación que apelan a todos nuestros sentidos.

Durante la cena, Artemio Cruz ordenó “que se abrieran las cortinas que ocultaban el vitral abierto sobre el jardín sombreado ..., estalló la coherería de luces, los grandes castillos de fuegos fatuos disparados hacia el centro de la bóveda invernal (p. 255).

Mientras sus invitados disfrutaban de los fuegos artificiales Artemio disfrutaba de sus invitados:

Olió, miró los perfumes de las mujeres, las redondeces de los escotes, el secreto afeitado de los sobacos, los lóbulos cargados de joyas, los cuellos blancos y los talles estrechos de donde arrancaba el vuelo de la tafeta, la seda, la malla de oro, aspiró ese olor de lavanda y cigarrillos encendidos, de pintura labial y máscara, de zapatillas femeninas y coñac derramado ... Levantó la copa y él mismo se puso de pie ... estalló la gritería del nuevo año: las copas se estrellaron contra el piso y los brazos acariciaron, apretaron, se levantaron para festejar esta fiesta del tiempo (...) los sentidos gozaban el puro murmullo de lo circundante ... tactos, olores, sabores, imágenes (pp. 256-258).

Después de la cena, durante el baile, Artemio Cruz da la orden para que empiece el “*show* levantando el brazo”:

La música cesó a media pieza y todos dejaron de bailar: el popurrí oriental apuntado por las cuerdas, el pasillo abierto entre la gente, la mujer semidesnuda que avanzó

desde la puerta, ondulando los brazos y las caderas hasta ocupar el centro del salón (...) escogió al viejo Ibargüen y lo arrastró por el brazo hasta el centro de la pista, lo sentó en el suelo (...) se acercó a Capdevila, le obligó a despojarse del saco, a bailar alrededor de Ibargüen (...) la bailarina montó sobre la espalda de Couto y animó a varias mujeres a imitarla: todos rieron: los caballazos, entre carcajadas, destruyeron los peinados y mancharon de sudor las caras inflamadas de las Amazonas: las faldas se arrugaron, levantadas más arriba de las rodillas (p. 258).

De esta manera, Artemio Cruz ofrece a sus invitados una orgía con los manjares y vinos más finos de importación, no para halagarlos, sino para disfrutar sabiendo que son títeres de su voluntad. Un joven se sienta en cuclillas a su lado obstruyéndole la vista del salón:

El joven preguntó si no lo distanciaría y el viejo le dijo:

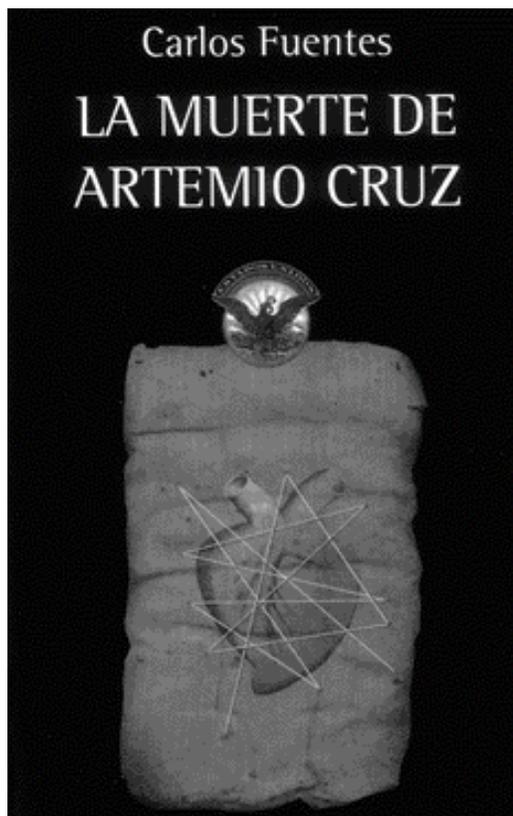
—No ha hecho usted otra cosa durante toda la noche, señor Ceballos ... y no miró al joven ... siguió con la mirada fija en el centro del bullicio ... una regla no escrita ... los invitados no debían acercársele, salvo para elogiar la casa y la cena apresuradamente ... respetar su distancia ... impune ... agradecer la hospitalidad con la diversión ... escena y butaca ... (p. 263).

Más tarde le dice al mismo joven, “mis cuadros, mis vinos, mis cómodas y los domino igual que a ustedes” (p. 264).

Artemio Cruz sabe que lo critican a sus espaldas, pero también sabe que le temen, lo adulan, lo respetan y hacen su voluntad. Esto le da un gran placer. La orquesta toca y deja de tocar cuando él lo ordena, la cena se sirve cuando él da la señal, el espectáculo de los fuegos artificiales empieza cuando él así lo determina. Así hace también el *show* de la bailarina. Se divierte observando cómo sus invitados comen, beben, bailan y, sobre todo, tratan de congraciarse con él adulándolo a él o a su buen gusto por el decorado de su casa o por los exquisitos platos que ha mandado preparar para sus invitados. Pero, de nuevo, el placer máximo es saber que él los controla a todos, que los puede mover como títeres.

No hace las fiestas de san Silvestre para pagar alguna deuda con sus socios y amigos, ni para celebrar el fin de otro año. Las hace para experimentar el placer de sentirse todopoderoso. Es dueño de la casa, de su mujer, de sus empleados y socios y de sus voluntades.

Para resumir, el placer es para Artemio Cruz el principio y el fin de la vida. Lo busca, lo disfruta y lo vive intensamente. Ya en su lecho de muerte el oráculo de su conciencia le dice que sus funciones involuntarias lo vencerán porque lo obligarán a darse cuenta “de la vida en vez de vivirla” (p. 92). Como hemos visto logra contrarrestar este sentimiento negativo pidiendo que abran



las ventanas para disipar los olores ofensivos y hace que venga su secretario Padilla con la grabadora para recordar y volver a sentir el placer del poder. Con el recuerdo de doce días de su vida logra vencer su inutilidad de viejo agonizante para volver a vivir, una vez más. Una vez más el oráculo de su conciencia le dice:

Del espejo saldrá el Gran Dios Pan, la ninfa del orgullo, tu doble, otra vez tu doble, tu último enemigo en la tierra deshabitada de los vencidos por tu orgullo: sobrevivirás (p. 92).

Logra sobrevivir en el lecho de muerte gracias a su voluntad y al recuerdo.

Quiero concluir este ensayo sobre el placer y el placer del poder de Artemio Cruz con unas palabras de Octavio Paz:

Es imposible no advertir la semejanza que guarda la figura del “macho” con la del conquistador español. Ése es el modelo que —más mítico que real— rige las representaciones que el pueblo mexicano se ha hecho de los poderosos: caciques, señores feudales, hacendados, políticos, generales, capitanes de industria. Todos ellos son “machos”, “chingones” (p. 74). **U**

Trabajo presentado en la Conferencia Bienal de la AIH, París, 12 de julio, 2007.